

LAS CORRIDAS DE TOROS

AL PIE DE LA VERACRUZ

Cada año por estas fechas nos vienen al recuerdo otros años ¡demasiados ya! si nos ponemos a revisar nuestro balance de ambiciones juveniles. En estos días, siempre que los imponderables distraídos en otros quehaceres nos lo permiten, salimos de Madrid camino del pueblo, de nuestro pueblo, más tranquilo y agradable que aquel que dejamos.

Nuestro pueblo se encuentra allá donde Castilla la Nueva mezcla su tierra, sus acentos, sus inquietudes y alegrías con la Vieja Castilla. Siete de septiembre; lo señala el calendario y nos lo dice el ambiente. El pueblo está en fiestas. El mismo pueblo y fiestas festoneadas por parecidos festejos, con las corridas de toros como atracción principal, pero por el que ha pasado, no iba a ser una excepción, el pluriempleo, las agencias turísticas y ese eslogan tan tentador que nos desarma al invitarnos a comprar primero y pagar después. Ahora parece una pequeña ciudad desdibujada y superpuesta, un escenario teatral, en el que aún no está completa la decoración del segundo acto y, sin embargo, quedan por quitar muebles y atrezzo del primero.

Al vivir año tras año las fiestas del pueblo, de nuestro pueblo, rememoramos lejanas fiestas, porque, a fin de cuentas, de lo que se trata es de jugar con la imaginación a recuerdos elegidos. Ya era un pueblo con categoría de villa en el que los tejados de las casas eran propiedad de los gatos. Ahora anda la televisión por medio y vemos antenas, muchas antenas, y de las chimeneas ya no sale humo porque la cocina de butano, de una puñalada traicionera, mató a la de hogar. Y el campo cede sus cepas para dar paso a las parcelas, que se convertirán en chalets y apartamentos. Parece ser que las corridas de toros también acabarán parceladas.

Ya no huelen las calles a mosto cuando las recorremos en procesión acompañando a la Virgen de la Nueva, porque la ley de la vida, que es la de los años, cumple su cometido con desgarrar-

dora indiferencia. ¡Cuántas personas queridas, cuántas, cuántas que conocimos, fueron dejando vacíos los balcones! Las calles no huelen ya a mosto; un tufillo a gasolina nos hace pensar si tendremos el coche bien aparcado, porque ya han aparecido algunas prohibiciones de las que nacen las multas. En los lejanos años a que nos estamos refiriendo no multaban ni por meterse con un concejal.

No, aunque la decoración ha variado, porque la moda es el maquillador del momento, en su raíz es el mismo pueblo y las mismas fiestas. Por eso, a la hora de ir a los toros, la banda de la música, que ahora la llaman agrupación musical, toca el pasodoble de siempre y nos viene a la memoria nombres de toreros famosos que pasaron por nuestra plaza de toros de rancio abolen-go, como tantas otras cosas de este entrañable San Martín; toreros que dejaron una estela de triunfo, un amargo recuerdo de una tarde sin fortuna y huellas de sangre, que es el precio más caro que pueden pagar los toreros.

En los toros también es el paso del tiempo el que más corrige conceptos y hace que modifiquemos opiniones. Siempre fué Juan Belmonte un revolucionario del toreo, y Paco Camino, el último clásico; pues bien, el tiempo nos ha enseñado, nos ha descubierto que el «Pasma de Triana» poseyó un clasicismo superior, más puro, de raíz más directa que el que pueda desarrollar el torero de Camas.

Por San Martín pasó Ordóñez I «El Niño de la Palma», torero profundo, de rancio estilo, que en tarde inspirada, viéndole torear parecía como si toda Ronda se vistiera de luces. Y Domingo Ortega, inspirador de un tratado de tauromaquia, sin imitadores, que ya es difícil, y sin que nadie le haya podido sustituir, lo que es fácil de comprender. Cagancho también pisó nuestra plaza. Joaquín Rodríguez fué de los matadores de toros más cotizados, pues una faena de las suyas y si acaso un par de quites, un desplante, un gesto, le valían para la temporada siguiente una exclusiva de sesenta corridas.

Y tantos más que harían interminable este recuerdo, porque después vinieron Antonio Bienvenida, «El Viti», Palomo Linares y los etcéteras que quieran ustedes, porque a la hora de confesarnos con nosotros mismos reconocemos que pese a tantas intrigas y «affaires» para que el toro se parezca a un toro lo menos posible, la verdad siempre se abre paso. Precisamente en este momento la luz verde da paso a los valientes. Todo es cuestión de clima y de compenetración entre espectadores y toreros.

Precisamente por este clima taurino en el pueblo, en nuestro querido pueblo, la gente sabe de toros y de otras muchas cosas. Recibe al forastero con hidalga y campechana simpatía, obsequia, invita con natural gracejo y las fiestas transcurren en un rebullir sin solución de continuidad en reñida y noble competencia como rezan algunos carteles de toros.

Pero las fiestas terminan y, con la última estocada, el verano da por terminada su misión para dejar paso a un otoño más sereno, pero incógnito y frío. En una tarde cualquiera de ese otoño de misteriosas influencias nos ponemos a meditar y un entrañable recuerdo de todo un pasado nos invade en lo más íntimo de nuestro ser. No es que pensemos que cualquier tiempo pasado fué mejor; soñamos nada más, sentados en la acera de la calle del Laurel, al pie de la Veracruz, despidiendo el último sol del estío.

J. M. SANCHEZ MIRANDA